

LUCRECIA BORGIA, LA HIJA DEL PAPA

Dario Fo

Nuevos Tiempos **Siruela**



Dario Fo

Lucrecia Borgia, la hija del Papa

Traducción del italiano de
Carlos Gumpert

 **Siruela**
Nuevos Tiempos

Índice

Cubierta

Portadilla

Preámbulo

Con los pies juntos en el barro

Fiestas elegantes con mujeres gentiles

La clemencia y el indulto son una garantía para el poder

Primera parte

La tómbola bendita

Una familia ideal

Una historia de amor imposible. Pero sin red

El matrimonio es la piedra angular que sostiene el arco bajo el que prosperan las intrigas más sobrecogedoras

El rey títere con andares de marioneta

Un rey debe saber inclinar la cabeza de vez en cuando, sobre todo ante vigas demasiado bajas

Lucrecia ha desaparecido. ¿En fuga acaso, secuestrada? ¡Quién sabe!

Y llegados hasta aquí hay que preparar otro libreto. Y cuidadito que el resultado no sea una farsa

Lo grotesco es el medio más eficaz para alcanzar la sabiduría

En Roma, todo lo que se tira aparece flotando en el río al cabo de poco tiempo

¡No busquen la libertad los pávidos, pidiéndosela a quienes ostentan el poder!

El santo vuelco

Quien se haya decidido por la redención del pecado que se prepare para subir al púlpito del suplicio

Un encuentro de amor realmente impredecible

Para seguir la senda del cielo basta con saber leer el movimiento de los astros

Nápoles es hermosa de día bajo el sol más ardiente, y por la noche con y sin luna, pero por encima de todo Nápoles es maravillosa cuando se está enamorado

Pelear de enamorados

El juego de los intercambios

Señales de desbarajuste

La luna negra a menudo sale dos veces

El retrato sincero de un pueblo

Rindiendo cuentas... Por no hablar de los privilegios

Todos los caminos, incluso los más intransitables, siempre conducen a Roma

La Papisa a prueba

La casamentera de sí misma

La leçon des italiens

Es desde fuera por donde puede intuirse el interior, tanto en el caso de los hombres como de los edificios

Las turbulencias de lo fantástico

Nunca se prestan cañones a quien puede servirse de ellos para disparar contra nosotros

Escribiendo palabras que hechizan
Una invitación a un banquete para servir ataúdes
Charlando con cadáveres
Habla de amor y camina con el renqueante
Dejar de sentir deseo sería el peor de los castigos
Batirse como guerreros disfrazados de marionetas
La mujer pálida vestida de negro se presenta siempre sin llamar a la puerta
Los niños no aprenden de nadie a reconocer el olor de su madre

Segunda parte

Llegar al final de la vida no es suficiente para asegurar que uno se vuelva más espabilado
À la guerre comme à la guerre
El telón, cuando cae, no es capaz de secar las lágrimas
De una enemistad entre mujeres también puede nacer un gran afecto
La liberación de los prisioneros
Importante es cómo se abre una vida, pero más importante aún es cómo conseguimos cerrarla
El adiós más doloroso es el del sabio que te deja para siempre
Escribir notas acerca de lo que te sucede sirve a menudo para mantener en la memoria solo los mejores momentos
Una mujer que no concede atenuantes ni rebajas
Las malas noticias a menudo vienen en racimos. Algunas amargas; la mayoría, pésimas
Las personas con ingenio nacen cada vez en número más limitado
Sacad la picadora de carne, después distribuiremos los trozos: quien sea más rápido y despiadado se llevará los mejores bocados
Cómo apañárselas en una comedia grotesca, sin máscara
Al principio lo llamaban «mal francés»; más tarde, «mal español»; en el siglo XVI lo llamaron «la medalla del general»
¿De qué sirve ser rico si no tiene uno pobres a su alrededor para compadecerlos?

Bibliografía

Galería de personajes

Notas

Créditos



«¡Dios mío! ¡Visto desde lo alto y completamente desnudo, eres aún más hermoso! Pero ¿de qué linaje eres tú, napolitano?».

Lucrecia a Alfonso de Aragón

PROSCENIO



«En la obra a la que asistimos, actuaban unos niños, prácticamente en el proscenio, que, en la culminación de esas grotescas pantomimas tan chabacanas, se limitaban a observar conmovidos».

Lucrecia a su hermano César

Preámbulo

Con los pies juntos en el barro

Sobre la vida, los triunfos y las atrocidades más o menos documentadas de los Borgia se han escrito y puesto en escena óperas y piezas teatrales, se han realizado películas de exquisita factura, con actores famosos y, recientemente, se han emitido incluso dos series de televisión con extraordinario éxito.

¿Cuál es la causa de tanto interés hacia el comportamiento de estos personajes? Sin duda alguna, la impúdica carencia de higiene moral que se les atribuye en todos los avatares de sus vidas. Fue la suya una existencia desenfundada, tanto en su comportamiento sexual como en su actuación social y política.

Entre los grandes escritores que nos han relatado los dramas, los cinismos y los amores de esta poderosa familia se cuentan, por ejemplo, Dumas, Victor Hugo y Maria Bellonci. Pero uno de los más conocidos es John Ford, dramaturgo isabelino de principios del siglo xvii, que llevó a la escena *Lástima que sea una puta*, casi con toda seguridad inspirada en las supuestas aventuras de Lucrecia Borgia y su hermano César, quienes, según asegura la leyenda, eran amantes. Nuestra amiga Margherita Rubino, que ha llevado a cabo una investigación sobre los dramas escritos en tiempos de los Borgia, ha descubierto a otros dos autores, Giovanni Falugi y Sperone Speroni, que tratan el asunto enmascarándolo tras una supuesta fuente romana, nada menos que tomada de Ovidio.

De lo que no cabe duda es de que, si separamos limpiamente del Renacimiento italiano la historia del papa Alejandro VI y sus allegados, obtendremos una saga inquietante, donde los personajes actúan sin el menor respeto hacia sus adversarios ni, a menudo, hacia sí mismos.

La víctima llamada una y otra vez a ser inmolada, desde su misma infancia, es sin duda alguna Lucrecia. Es ella la sacrificada a la menor

oportunidad sin una sola pizca de piedad, tanto por su padre como por su hermano, en la vorágine de los intereses financieros y políticos. Lo que pueda pensar la dulce muchacha no les preocupa en absoluto. Por otra parte, no es más que una mujer, juicio que valía lo mismo para un padre y futuro Papa como para un hermano que llegará a cardenal. De hecho, en ciertos momentos, Lucrecia es solo un paquete con pechos redondos y estupendas nalgas. Ah, se me olvidaba, también sus ojos están cargados de hechizo.

Pero los horrores en Italia no se producían con tanto estrépito únicamente en tierras romanas. Como ejemplo podemos detenernos brevemente en Milán para presentar a los Visconti y a los Sforza, con quienes nos toparemos varias veces, y en papeles estelares, en el curso de nuestro relato.

En 1447 muere Filippo Maria Visconti sin dejar herederos varones, tan solo una hija ilegítima, Bianca Maria, que es reconocida en tal ocasión con el fin de que pueda convertirse en esposa de Francesco Sforza, cuyo padre, un soldado de fortuna, tenía orígenes plebeyos. Su padre, en efecto, era molinero. Y así es como nace una nueva dinastía. La joven esposa da a luz a ocho niños, incluyendo a Galeazzo Maria y a Ludovico, a quien con el tiempo se le conocería más como «el Moro».

Galeazzo Maria era, como se dice en Nápoles, un *sciupafemmene*, es decir, alguien consagrado a aventuras galantes con mujeres nobles y prostitutas. Este comportamiento suyo le granjeó una notable cantidad de enemigos, tanto es así que fueron muchos los confabulados en su asesinato. Fue apuñalado a la salida de la iglesia de Santo Stefano exactamente el día en que se conmemora a dicho santo, el 26 de diciembre de 1476, a manos de Giovanni Andrea Lampugnani, Gerolamo Olgiati y Carlo Visconti, apodado «el Bastardo». ¡Cuántos conspiradores, ni que fuera Julio César!

A la muerte de Galeazzo Maria habría debido sucederle su hijo Gian Galeazzo, de tan solo siete años. Pero el Moro, con el apoyo de los franceses, asume la regencia y se aprovecha de la tierna edad de su sobrino para ampliar enormemente su propio poder. Aunque su ánimo criminal no se detiene ahí. Con el fin de desembarazarse

definitivamente de su rival, decide envenenarlo poco a poco, de forma que nadie pueda acusarlo de su asesinato. El muchacho, como cabría esperar, acaba por morir al cabo de una larguísima agonía, y Ludovico el Moro, llorando lágrimas de desesperación ante el ataúd de su sobrino, hereda el ducado de Milán.

¿Por qué estamos hablando de esta familia? Para empezar, porque el Moro se casará unos años después con Beatriz de Este, cuyo hermano Alfonso, también de Este, se convertirá en esposo de Lucrecia Borgia. Pero el parentesco no termina ahí, ya que Isabel de Este, hermana de Alfonso y de Beatriz, se casará con Francisco Gonzaga, marqués de Mantua, quien, como veremos, tendrá bastante que ver en ciertas habladurías sobre nuestra Lucrecia. Y si lo pensamos bien, ni siquiera ahí se cierra el círculo.

Al objeto de que todo el mundo pueda entender el clima que se vivía a finales del siglo xv en Roma y en toda Italia, es aconsejable, antes de empezar, recordar unos cuantos hechos más. A tal propósito, viene a colación la carta que un joven que acababa de ser consagrado obispo le escribió a un compañero suyo de seminario.

Fiestas elegantes con mujeres gentiles

El prelado describe un banquete papal durante el cual las *bonae femmene*, es decir, cortesanas de alto rango invitadas a la ceremonia, se exhiben en una competición de danza en la que se agachan hasta tocar con sus nalgas el pavimento, donde se habían distribuido unas velas aromáticas encendidas. Cada una de las bailarinas, levantándose con naturalidad la ropa, apaga la vela y se incorpora después aferrando con su sexo lo que se conoce como cabo, procurando no dejarlo caer. Aplausos, desde luego, no les faltaron.

Para acabar, un último episodio digno de mención que nos conduce directamente al umbral de nuestro relato: el 23 de julio de 1492 el papa Inocencio VIII entra en coma y se aguarda su muerte en el curso de unos días.

De él decía Savonarola, azote de obispos y papas: «[El pretexto del] arte es la misma condenación que está profanando el trono de San Pedro en Roma [...]. Estamos hablando del papa Inocencio VIII, en cuya existencia la única cosa inocente fue su propio nombre».

Sin embargo, Dumas¹, quien escribió una maravillosa historia de los Borgia y de los papas que los precedieron, nos dice que era conocido como el «padre del pueblo» debido a que, gracias a su actividad amatoria, había aumentado el número de sus súbditos en ocho hijos varones y ocho hembras² –en el curso de una vida pasada con gran voluptuosidad–, por supuesto con diferentes amantes. Lo que no se sabe es cómo las elegía porque, como es bien sabido, padecía una miopía espantosa. Tanto es así que había contratado a un obispo acompañante que, a cada encuentro, le susurraba el nombre, el sexo, la edad y las características físicas de quien le estaba besando el anillo.

Hay que reconocer, sin embargo, que este papa-pecador tenía un elevado sentido de la familia. Sus atenciones para con sus hijos han de ser juzgadas más como actos de amor que de indigno nepotismo.

En efecto, fue capaz de elegir a las parideras más adecuadas –para que su estirpe se prolongara de la mejor manera posible– entre las hijas de hombres poderosos e ilustres, empezando por la infanta favorita de Lorenzo de Médici, que acabó desposada con su primogénito Franceschetto Cybo. Así como otros jóvenes de las familias más ilustres de Italia para sus numerosas hijas.

Jacob Burckhardt describe en su libro *La cultura del Renacimiento en Italia* algunos interesantes aspectos de la conducta de Inocencio VIII y de su Franceschetto: los dos, según cuenta, «llegaron a erigir incluso un banco de gracias temporales, con las que, a cambio del pago de gravámenes considerables, podía obtenerse la impunidad por cualquier crimen, incluido el asesinato: de cada enmienda absolutoria, ciento cincuenta ducados correspondían a la Cámara papal; el resto, a Franceschetto.

»Y de esta manera, Roma, especialmente en los últimos años de aquel pontificado, bullía por todas partes de asesinos y [delincuentes] protegidos [y con la impunidad garantizada]».

La clemencia y el indulto son una garantía para el poder

Pero lo que más nos interesa es que a este grupo ya bien nutrido de canallas se agregan, en ese mes de julio de 1492, otros doscientos y pico. Puede parecer paradójico, pero ahí está: más de doscientas víctimas, y por consiguiente otros tantos asesinos, en unas pocas semanas, una detrás de otra.

¿Por qué razón una masacre de tales dimensiones?

Pues se explica fácilmente: cada vez que muere un Papa se producen en Roma un montón de homicidios debido a que, por una secular tradición, al final de cada cónclave en el que se elige al nuevo papa se concede la gracia a cualquiera que haya cometido un delito en los días de interregno. De modo que todos los que albergaban en su ánimo propósitos de venganza aprovechan el trono vacante para darse el gustazo, matar hoy para salir libre mañana, y todo gracias a una segura indulgencia plenaria. ¡Qué buenos tiempos aquellos!

Y ahora, con el clima de la época ya más claro, es precisamente a partir de esta muerte concreta de un papa, y de lo que aconteció inmediatamente después, por donde vamos a comenzar.

Primera parte

La tómbola bendita

El 11 de agosto de 1492 los cañones del castillo de Sant'Angelo dispararon para recordar a Roma y al mundo entero que había sido elegido un nuevo Papa con el nombre de Alejandro VI. Por fin podía disfrutar España de su segundo Papa, Rodrigo Borgia.

En Roma, un pasquín escrito por los sospechosos habituales proclamaba: «El solio pontificio le ha tocao a quien más guita ha soltao a los que manejan la urna de la santa lotería». Los romanos conocían a la perfección nombre y linaje de cada uno de los cardenales de esa tómbola: Ascanio Sforza, hermano de Ludovico el Moro, que recibió incluso una ciudad como premio por su apoyo, la de Nepi, además de cuatro mulas cargadas de oro; Giuliano della Rovere, a quien se le asegura la cima de la pirámide en la siguiente ronda, y otros muchos regalos y beneficios para el resto de los votantes.

Pero centrémonos en este nuevo Papa, cuya familia hemos escogido como protagonista estelar de nuestro relato.

De los primeros Borgia se sabe muy poco y las escasas noticias que nos han llegado resultan insuficientes para determinar sus orígenes; orígenes que los aduladores de la estirpe española hacen remontar nada menos que a la familia del rey de Aragón, por más que sea poco probable. En realidad, el nacimiento de este linaje solo se produce con el auténtico fundador de la cepa, perdón, de la dinastía: estamos hablando de Alfonso Borgia. Al padre del patriarca a veces se le conoce como Domenico, otras veces como Juan, de la madre se desconoce incluso el apellido.

Alfonso nació en 1378 en Valencia. Entró como escribano secreto en la corte del rey de Aragón, pero con un fantástico cambio de chaqueta nos lo encontramos al poco tiempo con el atuendo de obispo de

Valencia. De tal guisa desembarca en Nápoles con el séquito del rey Alfonso de Aragón, que se había convertido en monarca de los napolitanos. Alfonso Borgia fue elevado a cardenal en 1444³. ¡Carrera rápida y portentosa!

Como es bien sabido, a mediados del siglo xv, el proyecto de España, en competencia con Francia, era conseguir echar mano al papado y al imperio de Europa. Y fueron justo los Borgia quienes iniciaron la conquista del solio pontificio. Precisamente Alfonso llegó a ser el primer pontífice de la Casa Borgia, al ponerse la tiara en 1455 con el nombre de Calixto III. En el séquito de este Pontífice, a la cabeza de la escalada hacia el poder, se establecieron en Roma una notable cantidad de parientes directos o políticos del Santo Padre valenciano. Entre estos, su nieto más querido: Rodrigo.

Los numerosos cronistas e investigadores de la historia de los Borgia están de acuerdo en el hecho de que Rodrigo llegó a Roma aproximadamente a la edad de dieciocho años, dispuesto a ponerse bajo la protección del Papa español. Es la primera señal de descarado nepotismo de este alto prelado, que carga con todos los gastos que el joven va generando. Rodrigo tuvo como maestro a Gaspare da Verona, hombre de enorme cultura y extraordinarias dotes como enseñante.

Al cabo de algún tiempo, el muchacho va a Bolonia para estudiar jurisprudencia. El tiempo establecido para obtener esta titulación era de siete años. No resulta razonable pensar que se haya sumergido por completo en los códigos ni en el acrecentamiento de sus nociones de retórica o teología. El muchacho se granjea de inmediato gran simpatía y estima entre sus compañeros de universidad. Rodrigo es un joven cargado de energía, de estupenda planta y labia atildada y ocurrente. Es amado por las jóvenes y generoso con los amigos. Por lo tanto, se convierte de inmediato en el líder de aquella pandilla de hijos de nobles y de comerciantes.

Asiste a todas las clases y se presenta puntualmente a los exámenes, en los que obtiene un alto reconocimiento. Pero tampoco falta nunca a convites en tabernas y burdeles. «Es muy difícil para una mujer resistirse a su cortejo –decía su maestro de retórica–. Atrae a las mujeres

como el imán al hierro. Hierro, por supuesto, es sinónimo de falo. Oh, pero ¿qué digo?».

El 9 de agosto de 1456, pese a no haber completado aún la totalidad de sus estudios, Rodrigo es admitido por méritos especiales al examen de licenciatura⁴. Preso del entusiasmo, su tío, que en el ínterin se ha encaramado al trono papal, como regalo lo eleva a cardenal. Por supuesto, el nombramiento tiene lugar en sordina y sin alardes, y esto, obviamente, para no desatar ulteriores acusaciones de complicidad nepotista.

Pero la concesión de privilegios no se detiene ahí. Calixto III decide nombrar a su protegido vicario papal en la Marca de Ancona. No se trata de un cometido fácil, ya que los señores de las Marcas se han rebelado contra el gobierno romano y, al mismo tiempo, están enzarzados en disputas pugnas entre sí⁵.

El joven cardenal Rodrigo Borgia llega con un puñado de colaboradores a la ciudad, durante la noche, y esa misma mañana temprano convoca una reunión con todos los responsables del orden, la justicia y la recaudación de impuestos en el palacio de la curia.

–Estoy aquí en calidad de legado del Santo Padre –se presenta–. Antes que nada quiero saber el estado de vuestras fuerzas de intervención, quiero decir, de cuántos hombres de armas disponéis y de cuántos caballeros, y si poseéis armas de fuego, empezando por cañones. ¿Las poseéis?

Tímidamente, alguien le contesta:

–No, eminencia, las estamos esperando, pero hasta ahora no hemos recibido nada.

–Bueno, pues ya me he encargado yo. Traigo conmigo cuatro carros con arcabuces, culebrinas y escopetas de trípode, a causa del retroceso, y vienen también cuatro parejas de bueyes que arrastran cuatro cañones de siete libras.

–Pero es que no sabemos bien cómo usar artefactos de esa clase –admite humildemente el capitán de la guardia.

–Estoy aquí precisamente para eso.

–¿Gozaremos pues de vuestro magisterio, eminencia?

–Podría hacerlo, pero prefiero que sean los dos maestros de arcabuz que he traído conmigo quienes os adiestren.

–Perdonad, pero ¿es que tenéis intención de disparar con esos obuses?

Y el vicario le replica:

–Entiendo que, dada la situación que ha venido a crearse en esta espléndida ciudad vuestra de Ancona, sintáis cierta reticencia en lanzar proyectiles de plomo contra los personajes más eminentes de vuestra ciudad. He sido informado y sé que en estas diatribas, a veces sangrientas, entre las distintas facciones de los nobles, vosotros los representantes del orden y la justicia os habéis mantenido siempre en equilibrio, estable, inestable y aparente. En definitiva, ¡que os habéis mantenido prudentemente al margen, so listillos! Ahora os toca tomar una decisión. Ya basta de intrigas, de favores recíprocos y de mirar hacia otro lado. Ya está bien de escaquearse, ahora ya tenemos los medios para imponer el orden: aprended a disparar, de lo contrario tendremos que hacerlo contra vosotros.

–¿Cómo? ¿Y quién va a dispararnos?

–En Roma hay un millar de hombres dispuestos, que a una sola orden mía, tras un día de marcha, estarán aquí listos para sustituirlos, después de haber enterrado, como es natural, a aquellos de entre vosotros que se hayan opuesto a nuestras órdenes. Escoged.

–Pues veréis... Tuvimos que ceder ante el poder abrumador, armado incluso, de esos alborotadores...

–Disculpad, ¿os dice algo este nombre: Grippo dei Malatempora?

–¡Sí! –contestaron al unísono los hombres de orden–. ¡Es precisamente uno de los notables que organizaron la última revuelta!

–Pues bien, ya no está con nosotros.

–¿Ha muerto?!

–No, es huésped de vuestras cárceles. Para eso llegué ayer por la noche con un grupo de hombres, lo que me bastó para cargarlo de cadenas. Ese ogro vuestro estará pronto de viaje hacia Roma, donde será juzgado raudamente. ¿Os gusta la palabra «raudamente»?

–Sí.

–Me alegra, porque la oiréis repetir muchas veces mientras yo esté aquí.

Y así, por primera vez, en la ciudad de Ancona se oyeron retumbar cañones y culebrinas.

Hay que decir que esas explosiones surtieron un efecto extraordinario en los responsables de la administración pública. Rodrigo Borgia, vicario papal en la Marca de Ancona, consiguió capturar a un centenar de personajes de las altas esferas y de sus acólitos. Los muertos, respecto al valor de la operación, fueron menos de los previstos. Un trabajito limpio, en definitiva.

Al final, ya montado en su caballo para marcharse, una vez más ante los responsables de la ciudad, ya estuvieran esposados o momentáneamente libres, el vicario dio por concluida su misión:

–De ahora en adelante, pues, vuestra cooperación con el Estado de la Iglesia y el Santo Pontífice dejará de ser meramente formal para volverse inequívoco y responsable. De manera que ninguno de vosotros, sea portaestandarte, capitán del pueblo o juez, estará autorizado a imponer impuestos extraordinarios, declarar guerras de rapiña, administrar justicia, gestionar el juego y la prostitución, acuñar monedas o chantajear a comerciantes, tenderos y artesanos a la manera de los usureros gubernamentales, como siempre habéis hecho. Ah, se me olvidaba, es necesario que cada uno de vosotros y toda la población activa sea capaz de demostrar cada mes que ha pagado los impuestos al estado que yo represento aquí.

Sus palabras tuvieron gran éxito, sobre todo entre el pueblo, y tanto es así que en el momento de su «¡Adiós, hasta pronto!» la gente lo acompañó en gran número hasta la puerta mayor, aplaudiéndolo y exclamando a grandes voces:

–¡Vuelve pronto, Rodrigo! ¡Nos hace mucha falta gente como tú!

Y alguno gritó:

–¡A ti es a quien deberían hacer Papa, claro que sí!

–Gracias, no es mala idea, haré todo lo posible –respondió el cardenal, mientras espoleaba su caballo dejándolo corretear al trote.

Al llegar a Roma, mucha gente que se había enterado de los acontecimientos de Ancona acudió también a recibirlo entre aplausos. Lo aplaudió descaradamente incluso el Papa, cuando llegó al Vaticano,

y lo abrazó como si fuera su hijo. Como recompensa fue nombrado vicescanciller, que era como decir que, a partir de ese momento, el muchacho solo estaba por debajo del Papa.

¡Excelente carrera!

Una familia ideal

En aquella época Rodrigo mantiene una relación amorosa o, mejor dicho, probablemente varias. Esas amantes le dan tres hijos. Aunque también puede ser que no fuese más que una sola mujer la que se quedara embarazada tres veces; tampoco hace falta que el lector se ponga quisquilloso.

Su relación con su tío es constante y se desenvuelve entre muestras de afecto cada vez más evidentes. Pero, por desgracia, tres años después de haber sido elegido papa, Calixto III sufre un ataque de gota que los médicos consideran muy grave⁶. Nadie sospechaba que la excesiva asiduidad de trato con las damas a esas edades llevara a tal forma de padecimiento. En cualquier caso, ese era el diagnóstico de la medicina del siglo xvi: ¡los efectos provocados por la llamada de la carne, tanto la consumida en la mesa como en la cama, son siempre dañinos!

Sabiendo que el Pontífice está en las últimas, los nobles romanos que durante aquellos tres años de su pontificado tuvieron que tragarse en silencio tantas andanadas de nepotismo en beneficio de un número insoportable de parientes cercanos, políticos o secundarios, pueden por fin prepararse para la venganza de tanta prepotencia. Los privilegios que durante años han sido prerrogativa de los españoles volverán por fin ahora a su *carnet*. Los usurpadores van a pagar por todo.

Tanto es así que, uno detrás de otro, tiralevitas, sirvientes y aduladores ibéricos de profesión se esfuman al instante, y Rodrigo se queda solo para recoger los últimos suspiros del Santo Padre. Resulta conmovedor observar que la presencia de su sobrino es constante, puede decirse que no abandona la cabecera de su cama casi nunca. Es perfectamente consciente de que al permanecer al descubierto corre el riesgo de ser víctima, él solo, del desahogo brutal de quienes aspiran a

vengarse. Y pese a todo, el más poderoso de los cardenales no solo insiste en quedarse velando a su protector sino que se guarda mucho de reaccionar con gestos o amenazas cuando su palacio es saqueado por los esbirros al servicio de los Colonna y los Orsini, quienes, ante la muerte del Papa, han puesto en marcha una auténtica campaña de purgas.

Para empezar, nada menos que Pedro Luis, el hermano mayor de Rodrigo, que había sido nombrado comandante general de la Iglesia y prefecto de la ciudad, se ve obligado a huir, disfrazado, el día previo a la muerte del Papa para librarse del linchamiento. Con todo, ¡parece evidente que la suerte no está del lado del tal Pedro Luis, por mucho que se llame Borgia! Tras refugiarse en Civitavecchia, en efecto, murió al poco tiempo de fiebres palúdicas.

Por el contrario, mientras en Roma se desata una masacre general, de españoles o de todo aquel que haya tenido que ver con los españoles, nadie se permite tocar un solo pelo a Rodrigo. Es intocable, no tanto porque cuente con la protección de los nuevos poderosos sino gracias a su reputación de hombre insustituible y al talento sin igual con el que desempeña sus tareas de vicescanciller. Resulta increíble: la calidad y el ingenio siguen dictando ley.

En ese momento, en el día de la muerte del papa Calixto III, su tío, el joven Borgia tiene veintisiete años. Pues bien, durante el pontificado de los siguientes cuatro papas Rodrigo seguirá ocupando sin interrupción tal puesto, tan solo inferior al del propio papa. Hasta que tenga que abandonarlo cuando él mismo se convierta en portador de la tiara papal.

En 1466, o tal vez un año después, el cardenal Rodrigo conoce a la que bien puede llamarse la mujer más importante su vida. Aunque solo sea porque será precisamente ella, algún tiempo después, quien dé a luz a Lucrecia.

Se trata de una hermosísima romana, probablemente de orígenes lombardos, alta, esbelta y llena de encanto. Por encima de todo, es una mujer inteligente, de otro modo no habría abierto una brecha tan amplia en la atención de un hombre tan experimentado y poderoso.

Su nombre es Giovanna Cattanei, más conocida como Vannozza. En

la época en la que se conocen ella tiene aproximadamente veinte años y Rodrigo once más. El cardenal mantiene bien oculta esa relación y consigue para su amante una casa más que digna donde, siempre con precaución, puede decirse que cada noche acude a visitarla. Y sin embargo, en la sociedad de aquel siglo era costumbre más que aceptada para un hombre de Iglesia entablar relaciones manifiestamente poco convenientes con mujeres de cualquier clase y posición social.

De modo que nos hallamos ante un descarado libertino pero con cierto pudor. Y si el lector lo prefiere, puede llamarlo hipocresía sacerdotal, tal como nos enseña Molière en su *Tartufo*.

Con todo, la circunstancia absolutamente singular de esta relación es que, a diferencia de las otras que ha mantenido hasta entonces, el alto prelado no busca en realidad la aventura, sino más bien el espíritu de la familia. Tanto es así que los cuatro hijos que nacerán de esta unión serán seguidos, amados y criados en el seno de un núcleo familiar casi regular. Y no pudiendo interpretar en persona el papel de padre, al cardenal no se le ocurre otra cosa que alquilar uno que ocupe su lugar. Y lo escoge con gran sutileza.

Su nombre es Giorgio de Croce, cuya profesión es la de escritor apostólico. No hace falta decir que su empleo en el Vaticano se lo proporcionó el auténtico padre. Y, como es natural, para su cometido de padre le añade una remuneración adicional.

Rodrigo, a su vez, debe inventarse una apariencia y adopta una absolutamente creíble: la de tío. Un tío amable, generoso y extraordinariamente afectuoso con sus sobrinos. Tanto es así que acude a visitarlos puntualmente cada noche con un montón de regalos. Y con toda intención se ha reservado en casa de Vannozza una modesta estancia, un estudio, exactamente igual que en el vodevil o, mejor dicho, que en los juegos escénicos de la comedia del arte. Sale el marido-padre y entra el tío-cardenal, quien (anda, fíjate tú) en plena noche, tras abrazar y hacer unas carantoñas a los niños, finge retirarse a su habitación a dormir, pero no tarda en salir a hurtadillas y deslizarse en la cama de la mujer del falso marido. A veces ocurre que se topa con uno o dos niños que van en busca de su madre porque han tenido pesadillas, pero el tío los tranquiliza, los sostiene en sus brazos, se los

lleva de nuevo a su camita y hasta les canta una canción de cuna. Luego se va a acunar a la madre.

A decir verdad, de entre todos los papeles, el de mayor compromiso le corresponde al falso marido. Interpretar el personaje del padre, del marido y luego, en cuanto aparece por allí el amo, desaparecer solo para volver al alba, y en cuanto el otro se va, desnudarse y volverse a la cama, no es exactamente un juego en el que uno se divierta como un loco. Pero cuando se obtienen considerables beneficios financieros y se disfruta de una colocación tan segura, vale la pena incluso tragar con el papel del rufián.

Pero exactamente igual que en las piezas de los cómicos de la legua que empezaban a representarse en aquella época, he aquí el golpe de efecto. De repente, el falso marido y padre muere. ¿Es acaso un recurso teatral inventado? No, no, es cierto. Tanto es así que después del funeral del padre de alquiler, entre oraciones y lágrimas, es necesario buscar otro padre. Y esta vez se contrata nada menos que a un escritor, Carlo Canale, más joven que su predecesor (tiene poco más o menos la misma edad que Vannozza, la madre). Como es obvio, él también obtiene grandes ventajas, recibe una buena retribución y solo debe encargarse de la inconsolable viuda y de los niños en el papel de preceptor. El pago es aparte.

Canale no tarda en descubrir que sus nuevos hijos están muy dotados tanto para las disciplinas científicas como para las letras y la poesía. En particular, la más versátil y receptiva es sin lugar a dudas Lucrecia, quien aprendió con facilidad inaudita, en el paso de la infancia a la pubertad, latín y griego, mostrándose capaz de aprenderse de memoria en un breve lapso de tiempo fragmentos de poemas y canciones de los autores más famosos de las letras y las ciencias. En aquel entonces, Lucrecia tenía solo seis años de edad.

Pasan otros seis, y hemos llegado a los días en los que el papa Inocencio VIII (de quien ya hemos hablado al principio a propósito de su extraordinaria colección de amantes y de la numerosa prole que le dejaron como regalo esas santas relaciones) agoniza en su cama.

Desde la muerte de su tío Calixto III han pasado treinta y cinco años,